

ve, que nos fascina y envuelve en el etéreo manto de su poder y su gloria.

La multicolora luz que al atravesar las gotas de rocío se convierte en hermosa pedrería, los límpidos acoracs que se desprenden del gorjeo de las aves, del zum-zum de los insectos y del rumor de las hojas al paso de la suave brisa, son las epopeyas cantadas por la Naturaleza para recrear la mirada del rey de la creación.

El insecto cuya vida se desarrolla bajo las diferentes etapas de sus transformaciones, la metamorfosis perfecta de la vida animal y la sagrada espiritualidad del hombre, son la oración que entre nubes de incienso eleva la madre naturaleza en alabanza del Poder Increado.

México, 28 de Junio de 1902.

ISABEL GONZALEZ GARCIA.

LA REPUBLICA DE VENECIA EN EL SIGLO XII Y PRINCIPIOS DEL SIGLO XIII.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

Debido á sus grandes y heroicos afanes, los Venecianos obtuvieron en el siglo XII y principios del siglo XIII una supremacía indiscutible en todo lo referente al comercio y á la navegación, llegando á ser Venecia la Perla del Adriático y una de las más poderosas naciones de la Edad Media, puesto que en aquel entonces poseía una formidable flota, con la cual, á la par que acrecentaba su ya tan activo cuanto extendido comercio, servíase de ella para la defensa de sus cuantiosos intereses así como para sostener su bien ganado poderío.

Deseosos los Venecianos de mayor engrandecimiento y de no verse opacados en su brillo por otros países rivales, trataban de desarrollar los fructíferos gérmenes con que contaba la República casi desde su origen, poniendo en los mares gran cantidad de bajeles para no descansar ni un solo momento en lo que les producía tan pingües utilidades.

El comercio era la vida de aquella interesante porción de la Italia septentrional, y á él aplicaron toda su energía y su más activa atención los infatigables Venecianos; de ahí que se les viese colmar de honores á todos aquellos ciudadanos que se distinguían por sus méritos, bien fuese en el arte de la navegación ó bien en la de la construcción de los navíos.

Los maestros de obra de los arsenales, cuyos conocimientos sobrepasaban á los demás maestros, eran paseados en hombros de patriotas admiradores y de esta manera se les daban tres vueltas por la plaza de San Marcos, premiando así sus notables esfuerzos y sus raras energías, dedicadas á la prosperidad de la madre patria.

Con tan grandes y apropiados elementos los Venecianos gozaban de una importancia gloriosa en asuntos marítimos; sin embargo de tan notable adelanto, se vió herida la República por varios sucesos fatales, como la guerra que empeñó con el Emperador de Oriente, en la cual vió destruída su poderosísima escuadra por el terrible azote de la peste, causando esta tremenda desgracia el enojo y el favor de aquel pueblo que, satisfecho de sí mismo, no se conformaba con el vencimiento, aunque los elementos fuesen sus contrarios.

En su cólera dió muerte al Dux Vitale Michiele II y el partido aristocrático cambió la constitución política de Venecia: dos electores nombrados por la ciudad eligieron á su vez á cuatrocientos setenta consejeros, los cuales, constituidos en Gran Consejo, resolverían todos los asuntos políticos que anteriormente estaban sometidos á la decisión de las asambleas populares, y el Dux estaba obligado á consultar para todo negocio de grande interés público ó de trascendente importancia comercial con aquellos ciudadanos más aptos y notables, escuchando con marcada atención y especial interés, las prudentes y bien razonadas opiniones que sabiamente le aconsejaban.

El Gran Consejo confiaba la ejecución de sus dictámenes al Dux, el cual, si no era asistido por su Consejo de los seis, lo era por el de la Quarencia y en los casos en que todos debían concurrir para sobrellevar algunos cargos, se convocaba al pueblo, y éste votaba por aclamación; tal manera de ser y de obrar la llevaba Venecia en forma de Constitución no sólo á sus colonias, sino hasta en sus bajeles, y en todos los puntos que se encontraban bajo su especial dominio; no sin consultar antes las opiniones de las personas probas, honradas y expertas aun cuando éstas fueran de la clase media; como prueba de esto se nos presenta el Guarda Sellos ó Gran Canciller que desempeñaba el honorabilísimo cargo de Supremo Notario de las Actas que promulgaba la sana legislación veneciana; este cargo que disfrutaba de insignes honores y vastos emolumentos, se le concedía

siempre á un individuo que era escogido entre la clase media, sin duda alguna para contrabalancear el orgullo y las pretensiones de las clases nobles, y para significar que en esa clase residía también el más puro y aquilatado patriotismo.

Más tarde, la aristocracia llegó á ser completamente hereditaria, y en tiempo del Dux Juan Soranzo se decretó que el Consejo de la Quarencia llevase un libro de oro en que se inscribiese á las personas mayores de diez y ocho años que poseyesen las cualidades requeridas para obtener cargos del gobierno.

La exclusión de tantas personas que quedaron fuera del *Libro de oro* produjo descontento, y no existiendo ya ningún medio legítimo de oposición, se ocurrió á las conjuraciones, y para reprimir á éstas se instituyó el terrible Consejo de los Diez.

Esto acaeció al principio del siglo XIV; pero volviendo á la época que he señalado al principio de esta disertación, encontramos que en el último tercio de la duodécima centuria y al principio de la siguiente, Venecia equilibraba, por medio de sabias instituciones políticas, el poder de los nobles, el de la clase media y el del pueblo.

Cada isla de las que dominaba la Serenísima República (que tal era el tratamiento oficial de Venecia), tenía desde antiguo tribunales propios, y éstos convertidos luego en tesoreros ó ecónomos, decidían acerca de las medidas que convenía adoptar respecto de la guerra, del comercio y de la administración interior de cada localidad.

Hay en la historia de Venecia numerosos testimonios de su espíritu independiente respecto de la influencia que sobre ella, como sobre las demás porciones de Italia pretendió siempre ejercer la Santa Sede y una de esas pruebas la hallamos en la ardiente decisión de los hijos de la República por conservar incólumes los derechos que creían tener al dominio absoluto del Mar Adriático, dominio que la curia romana procuraba contrastar cuantas veces le era posible.

Los Venecianos, en consecuencia, trataban de exigir un derecho á cuantos barcos pasasen más allá de una línea tirada desde Rávena al Golfo de Fiume y jamás nación alguna había cerrado un mar común á todo comercio, como lo hizo esta República, de lo cual, resultó un conflicto con los Boloñeses, quienes sin embargo tuvieron que resignarse á pagar la cuota, aunque protestando altamente contra la que se les obligaba á tributar.

Siglos después, el papa Julio II quiso impedir que siguiesen cobrando semejante gabela y habiendo dicho al embajador Jerónimo Donato que le presentase el documento que concedía el Golfo á la República, éste le contestó: "Está escrito al dorso de la donación que hizo Constantino á San Silvestre," recordándole así que los pontífices se habían adueñado de Roma sin permiso de nadie.

Esta respuesta indica la libertad con que Venecia habló siempre, á la curia romana, pues como ya hemos dicho, nunca se dejó dominar por las exigencias clericales, por más que estuviesen animados los hijos de la República de verdadero sentimiento religioso.

La República de Venecia, ambicionando ensanchar todavía más su ya robusto poderío, tomó parte muy principal en la cuarta Cruzada, no impulsada por sentimientos religiosos, sino por su propio interés, y esta política de Venecia hábilmente interpretada por el Dux Enrique Dandolo, hombre dotado de rara energía y de una firmeza incontrastable en la ejecución de sus designios, produjo la alianza que en 1202 celebró con los franceses acaudillados por Bonifacio, marqués de Monferrato, y por Balduino, conde de Flandes.

Franceses y Venecianos se hicieron á la vela hacia el Oriente, tomaron á Zara y echaron el ancla ante la orgullosa Constantinopla, debilitada á la sazón bajo la incapaz dinastía de los Angeles, y habiendo obtenido Dandolo y sus aliados un triunfo decisivo, se posesionaron de la capital del imperio de Oriente y aunque entronizaron desde luego á Alejo IV la hábil política de Venecia arrebató el imperio á los griegos é inauguró en 1204 la dinastía latina en Constantinopla, eligiendo los cruzados Emperador á Balduino de Flandes, rey de Tesalónica á Bonifacio de Monferrato, y en cambio, Venecia recibió uno de los barrios de aquella ciudad, más una cuarta y media parte del Imperio.

Gran parte de estas adquisiciones se componían de islas diseminadas en las costas, desde el Mar Negro hasta el del Archipiélago; más tarde Venecia obtuvo la cesión de la isla de Candia que le traspasó Bonifacio de Monferrato y con ello aseguró su dominio sobre el antiguo Mar Egeo.

Con esto y con la posesión de Constantinopla lograron los Venecianos ser los dueños de la entrada del Mar Negro á donde cuatro so-

berbios ríos, entre ellos el caudaloso Danubio, llevan el tributo de valiosísimas y opulentas comarcas, productoras de muy variados frutos, facilitándoles el tráfico de las especias del Mediodía y de las ricas pieles del Norte, suministrando á Constantinopla víveres y objetos de lujo, comprando á los Mogoles esclavos y botín, contratando con Egipto armas, esclavos, maderas preciosas, aceite, seda, algodón y algunos otros productos; obteniendo privilegios y franquicias en las costas de Africa y de Siria, y poniéndose en comunicación por medio del Danubio con la Bulgaria, la Servia, la Hungría y la Valaquia; y hasta en Trebisonda poseyeron un barrio con jurisdicción propia que facilitaba su tráfico con la Armenia, la Persia y la Mesopotamia.

La República enviaba á Constantinopla un podestá que dependía del Dux y del Gran Consejo, y también había allí otros funcionarios para administrar las rentas, dos abogados para las controversias del fisco y otros empleados judiciales para que entendiesen en los asuntos civiles y criminales; todas sus colonias se hallaban sometidas á igual régimen legal y administrativo, con excepción de Candia, que por ser una isla importantísima para el comercio exigía mayor esmero y atención, tanto más, cuanto que los naturales de aquel país no soportaban con agrado la dominación veneciana y los levantamientos de indígenas se sucedían apoyados por las incursiones de los griegos y la enconosa rivalidad de la envidiosa Génova; pero á pesar de todo esto, el ilustre Enrique Dandolo había realizado su ideal logrando ensanchar considerablemente el gran poder de su encantadora patria, declarándola la Señora de Levante, sobre todas aquellas que la envidiaban y trataban de sobrepujarla.

Dícese que en 1285 siendo dux Juan Dandolo y habiendo ido el papa Alejandro III á Venecia para tener conferencias con Federico Barbaroja, dió al Dux un anillo diciéndole: "Que la mar os esté sometida como la esposa al esposo, pues que habéis alcanzado su dominio con vuestras victorias."

Este es el origen de la fiesta que se celebraba anualmente el día de la Ascensión, en que el Dux iba acompañado de los altos dignatarios y de las hermosísimas damas venecianas á bordo del *Bucen-tauro* á casarse con la mar arrojando en ella un anillo. Fiesta alta-

mente significativa, pues que era el emblema del poderío que la reina del Adriático había logrado alcanzar, gracias á la navegación y al comercio; estos dos elementos de actividad habfan convertido á la humilde ciudad nacida entre pantanos durante el siglo V, en la dominadora del Mediterráneo y en potencia muy fuerte en Italia, donde los demás Estados, ora eran presa de horribles déspotas que los oprimían y deshonraban, ora se veían expuestos á las invasiones de pueblos extraños que, transponiendo periódicamente los Alpes, extendían por doquiera la devastación y la muerte.

Sin embargo, la expansión del poderío de Venecia por los países de Levante, después de la cuarta cruzada, produjo graves daños á la constitución misma de la República.

Los nobles se ensoberbecieron con sus victorias y miraron con desprecio á la plebe, haciéndole sentir todo el peso de su altanero despotismo; los mismos Dandolos, engreídos y llenos de altivez por las grandes conquistas que habfan logrado llevar á cabo, ofendieron á nobles y plebeyos, los cuales, oponiéndose á tan orgullosos desmanes formaron un partido contrario, poniendo á la cabeza de él á los Tiépolos, y resultando de esto terribles combates en campo abierto y todos los disturbios que son propios de las contiendas civiles; entonces los nobles eligieron Dux á Grandénigo, hombre dotado de grande energía, pero enemigo de la plebe y completamente adicto á la aristocracia, razón por la cual humilló de la manera más cruel y más injusta al pueblo veneciano.

Ya muy avanzado el siglo XIII, Venecia se vió envuelta en luchas con Pisa, con Génova, y con el mismo imperio de Oriente, pues que los descendientes de los emperadores destronados á principios de esa centuria, habfan logrado restablecer su trono en Constantinopla.

Venecia mandó sesenta galeras al Oriente para vengar los atentados que contra sus nacionales había cometido el emperador Andrónico, y el jefe de la flota, Rogerio Morosini, saqueó los establecimientos genoveses en Levante, tomó y demolió á Pera y atacó el palacio imperial de Constantinopla, en tanto que otra escuadra destruía á Cafa, y en todos los mares eran capturados los buques genoveses y amenazadas sus colonias.

En uno de estos combates los Genoveses quedaron vencedores,

aprisionando al almirante veneciano Andrés Dandolo, quien no pudiendo resignarse á tal humillación y sobre todo á la pérdida de una batalla empeñada contra su voluntad, se dió la muerte.

Venecia no se desalentó por tan terribles reveses; al contrario, aumentando su valor á medida de la pérdida que había experimentado y deesando vengarse de los Genoveses, puso en el mar otras cien galeras, dando la dirección de ellas al acreditado cuanto atrevido marino Domingo Shiavo, el cual esparció el terror en medio de las escuadras enemigas, penetró en el puerto de Génova y levantó en el muelle un monumento de deshonra.

Por fin, Mateo Visconti interpuso su mediación haciendo que se celebrase una perpetua y necesaria paz, que todo capitán de buque, juraba antes de darse á la vela.

¡La paz! Cuando se entra en consideraciones sobre esos privilegiados pueblos que á fuerza de trabajo y de protección á las artes y ciencias, ven logrados y satisfechos sus nobles deseos de prosperidad y riqueza pública; cuando se ve que en siglos hoy remotos, hombres como los Venecianos dieron lustre y esplendor á su inolvidable época, ensanchando sus posesiones, acrecentando su marina y comercio, glorificando á sus hombres sabios é ilustres, á sus inventores y á sus buenos gobernantes, no puede uno menos que confesar con toda la verdad que la razón exige, que en realidad aquel pueblo enérgico é industrioso, debía de conservar aún su gloriosa actividad; pero la Naturaleza en su obra de incesante progreso, parece que tiene que darle muerte á un pueblo ó cuando menos, sacrificarle para que otro pueblo á su vez se fortalezca, sea el que prospere, se llene de vida y de común regocijo.

Los grandes descubrimientos geográficos que se llevaron á cabo cuando agonizaba la Edad Media prepararon la irremediable decadencia de la Serenísima República, de la Perla, ó más bien, de la Reina del Adriático.

El comercio marítimo, encerrado durante varios siglos en el Mediterráneo, se desbordó al comenzar la Edad Moderna á través de los Océanos que por el Occidente y Sur ciñen al Viejo Mundo, y la noble Venecia vió caer de sus manos el cetro y de sus sienas la corona que le habían dado muchas generaciones de esforzados y bravos nave-

gantes. Hoy se alzan sobre sus pedestales altísimos, como hace siglos, las estatuas del león alado y de San Marcos; pero ya no llegan á sus muelles las flotas henchidas de despojos; hoy, los restos del *Bucentuaro* se pudren en el Arsenal y ya no lleva el día de la Ascensión á los Grandénigos, Cornaros, Malipieros y Grimanis á desposarse con la mar. . . . La Venecia de la Edad Media murió ya, pero vive la Venecia italiana, la hermosa ciudad que concurre con sus otras dignas hermanas esparcidas desde los Alpes hasta Reggio, á la prosperidad, al engrandecimiento de Italia, cuna y centro de la imperecedera raza latina.

México 28 de Junio de 1902.

MARIA NUÑEZ.

HIDROCARBUROS.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

La alquimia es una ciencia tenebrosa, un problema atrayente cuya solución jamás se llegó á encontrar. La ambición humana creó esta ciencia que deparaba al hombre no tan sólo riquezas inagotables y una salud á toda prueba, sino también los medios de prolongar la vida más allá de los límites naturales.

Un alquimista no era otra cosa que un monedero falso, un loco; pero si consideramos ahora en conjunto los increíbles trabajos de esos locos, nos vemos obligados á reconocer que á su locura debemos un gran número de observaciones y descubrimientos que personas de sano juicio hubieran sido incapaces de realizar.

Imposible sería, no diré profundizar, ni aun siquiera dirigir una ojeada sobre la larga epopeya que constituye la historia de la Alquimia. Según la tradición, Mercurio fué su revelador, él fué quien inició á los sacerdotes egipcios en dicha ciencia que éstos calificaron de "arte sagrado" y procuraban ligar á sus iniciados con los más terribles juramentos, comprometiéndose á no revelar jamás los tenebrosos misterios de la "ciencia hermética", como también la llamaban. No se experimentaba como ahora, la necesidad de vulgarizar esa ciencia, siendo solamente conocida de los pontífices y sus más indispensables auxiliares. Por esta razón los conocimientos pasaban